

estío como en invierno se levantaba á las cinco, á las siete estaba en el Hôtel-Dieu, de donde salía á las once. Entonces hacia sus visitas, y volvía á su casa para recibir los enfermos en consulta. Aunque los despachaba con una celeridad casi brutal, aumentaba cada día de tal modo su número, que frecuentemente la consulta duraba largo tiempo despues de entrada la noche.

Un día que la consulta se habia prolongado mas tarde que de costumbre, Dupuytren, rendido de cansancio, iba á descansar algo, cuando un cliente retrasado se presentó á la puerta de su gabinete.

Era un anciano de muy corta estatura, cuya edad hubiese sido difícil adivinar. Su rostro lleno y sonrosado, por el que de seguro no habia tenido necesidad de pasar jamás la navaja, tenia algo de abotagado y simplon. Cuando mas joven, debió recordar por largo tiempo el tipo de los querubines mofletudos, ceñido su cuello de blancas alas, que se ciernen en torno de la gloria de María. Entre una espesa red de numerosas arrugas, pero ligeramente marcadas, tenia una boquita y una pequeña nariz aguilena, finamente dibujada: sus pies y sus manos eran, como todo lo demás, de miniatura. En sus ojos azules, en su fisonomía, en sus gestos, habia una timidez, una bondad apreciables. Era de esas bondadosas fisonomías en que se detiene la vista con satisfacción. Contemplando el rostro pacífico y tranquilo del pequeño anciano, casi se experimentaba una sensacion de bienestar, se sentia una verdadera atraccion hácia él, se experimentaba el deseo de amarle.

Tenia en su mano derecha un baston de cayado, y su pequeño cuerpo vestia un traje rigurosamente negro. Al saludar puso en descubierto una ancha tonsura, era un sacerdote.

La mirada de Dupuytren se fijó en él, sombría y helada.

—¿Qué teneis? le dijo con dureza.

—Señor doctor, respondió bondadosamente el sacerdote, os pido el permiso de sentarme, mis pobres piernas son ya un poco viejas..... Hace dos años me ha salido un tumor en el pescuezo. El cirujano de mi aldea, yo soy cura de..... cerca de Nemours..... me dijo al principio que no valia nada; pero el mal ha ido en aumento, y á los cinco meses el abceso se abrió por sí. He estado en cama largo tiempo, sin que esto fuera á mejor. Y despues me veia obligado á levantarme, porque soy solo para servir cuatro aldeas y.....

—Enseñadme el cuello.

—No es, continuó el anciano obedeciendo, no es porque aquellas buenas gentes no me hayan ofrecido reunirse todos los domingos en..... para oír la misa; pero tienen mucho trabajo durante la semana, y no tienen mas que un día para descansar. Yo me he dicho: no es justo que todos se incomoden por mí. Y además, ya lo sabeis, hay las primeras comuniones, el catecismo..... Monseñor queria enviarme un colega que me ayudase. Entonces mis feligreses me han dicho viniese á París á consultarlos. He tardado algun tiempo en decidirme, porque los viages cuestan mucho dinero, y yo tengo muchos pobres en mi parroquia; pero ha sido preciso hiciese lo que han querido y he tomado asiento en el carruaje..... He aquí mi dolencia, señor doctor, dijo estendiendo su cuello.

Dupuytren le examinó largo tiempo. El cuello del enfermo presentaba una abertura de cerca de una pulgada de diámetro, y muy profunda. Era un abceso de la glándula

sub-maxilar complicado con un aneurisma de la arteria carótida. La úlcera estaba gangrenada en muchos sitios. El caso era tan grave, que Dupuytren se admiró de que el enfermo pudiese permanecer en pié delante de él.

Separó mucho los labios de la úlcera, y examinó todo alrededor con una presion dolorosa hasta hacerle desmayar. El paciente ni siquiera se estremeció. Cuando terminó su exámen, Dupuytren le volvió bruscamente la cabeza, que tenia entre sus manos, y mirándole fijamente le dijo con una siniestra entonacion en la voz:

—¡Y bien! Señor cura, con eso no hay mas remedio que morir.

El cura cogió sus trapos, y vendó su cuello sin decir una palabra.

Dupuytren no dejaba de mirarle fijamente. Cuando acabó de colocar el apósito, sacó el sacerdote de su bolsillo una moneda de cinco francos envuelta en un papel, y la dejó sobre la chimenea.

—No soy rico, y mis pobres son muy pobres, señor doctor, dijo con una bondadosa sonrisa; perdonadme si no puedo pagar mas cara una consulta del doctor Dupuytren.....

Me felicito por haber venido á veros; al menos estaré preparado para lo que me espera.—Acaso hubiérais podido, anadió con una bondad extrema, anunciarme esta nueva con alguna mas precaucion. Tengo sesenta y cinco años, y á mi edad ama uno alguna vez demasiado la vida. Pero no me resiento por eso; no me habeis sorprendido; hace mucho tiempo esperaba este momento.—Adios, señor doctor, voy á morir á mi casa parroquial.

Y salió.

Dupuytren quedó pensativo. Aquella alma de hierro, aquel genio poderoso, se estrellaba como un fragil cristal contra unas sencillas palabras de un pobre anciano, á quien habia tenido débil y enfermo entre sus grandes manos, y con quien habia creído poderse divertir. En aquel cuerpo débil y valetudinario habia encontrado un corazon mas firme que el suyo: habia encontrado otro mas fuerte que él.

De repente se lanzó á la escalera; acaso no queria todavia darse por vencido. El sacerdote bajaba lentamente los escalones, apoyándose en la barandilla.

—¡Señor cura! exclamó, ¿quereis volver á subir?

El cura subió.

—Acaso haya todavía medio de salvaros, si quereis que os opere.

—¡Oh, buen Dios! señor doctor, dijo el cura, dejando con alguna precipitacion su baston y sombrero; no he venido á París mas que para eso. ¡Operad, operad todo lo que querais!

—Pero acaso hagamos una tentativa inútil, y esa será larga y dolorosa.

—¡Operad, operad, señor doctor! Yo sufriré todo lo que sea preciso. ¡Mis pobres feligreses se alegrarán tanto!...

—¡Pues bien! Vais á ir al Hôtel-Dieu, á la sala de Santa Inés. Allí estareis perfectamente y las hermanas no permitirán que carezcáis de nada. Descansareis bien esta noche y mañana, y pasado mañana por la mañana...

—Convenido, señor doctor, os doy las gracias.

Dupuytren trazó sobre un papel algunas palabras, que entregó al sacerdote. Este fué al hospital, donde casi toda la congregacion fué á instalarle en una camita rodeada de cortinas muy blancas. Uno le ponía las almohadas, otro le daba jarabe.



El sacerdote no sabia como darles gracias.

A los dos dias apenas se acababan de reunir los quinientos ó seiscientos discípulos que recibian diariamente las lecciones del maestro, llegó Dupuytren, se dirigió á la cama del sacerdote, seguido de aquel imponente acompañamiento, y la operación comenzó.

Dupuytren cortaba y dividía con el cuchillo y las tijeras. Sus pinzas de acero sondaban el fondo de la úlcera, y cogian fibras que retorcia y ataba en seguida. Despues separó la sierra, rechinando fragmentos careados del maxilar interno. Las esponjas oprimidas á cada instante, soltaban la sangre que salia á borboton. Duró la operacion veinte y cinco minutos.

El cura no pestañeó. Unicamente, cuando los que le rodeaban se separaron á un tiempo, anhelantes sus pechos por el temor, y prestando la mayor atencion, y cuando le dijo Dupuytren ¡ya hemos concluido! El sacerdote estaba un poco pálido.

El mismo Dupuytren le curó.

—Creo que todo irá bien, le dijo con tono amistoso. ¿Habéis padecido mucho?

—He procurado pensar en otra cosa, respondió el sacerdote.

Y cayó en una profunda calma. Dupuytren le examinó un instante, con el mas inalterable silencio. Despues corrió las blancas cortinas de la camita en sus varillas de hierro, y continuó la visita.

El sacerdote se habia salvado.

Todas las mañanas, cuando llegaba Dupuytren, por una estraña infraccion de sus costumbres, pasaba de largo las primeras camas, y empezaba la visita por su enfermo favorito.

Mas tarde, cuando éste pudo levantarse y dar algunos paseos, Dupuytren, terminada la clínica, se dirigia á él, le tomaba del brazo, y arreglando su paso al del convaleciente, daba con él una vuelta por la sala.

Para quien conocia la insoportable dureza con que Dupuytren trataba habitualmente á sus enfermos, este cambio de conducta era inesplicable.

Cuando el cura se halló en estado de soportar el viage, se despidió de las hermanas y del doctor, y fué á reunirse á sus feligreses.

Algunos meses despues, al llegar Dupuytren al Hôtel-Dieu, vió le salia al encuentro el cura, que le esperaba en la sala de Santa Inés. Llevaba como siempre, un traje negro, pero lleno de polvo, y sus zapatos de hebillas completamente blancos; se hubiese dicho que acababa de andar un largo camino á pie. Pendia de su brazo una gran cesta de mimbrres muy cosida con bramante, y de la que salian pajas.

Dupuytren le recibió muy bien, y despues de haberse asegurado de que la operacion no habia tenido ningun resultado malo, le preguntó, que iba á hacer en París.

—Señor doctor, respondió el sacerdote, hoy es el aniversario del dia en que me operásteis: no he querido dejar pasar el 6 de mayo sin venir á veros, y he querido traeros un regalito. He puesto en mi cesta dos hermosas gallinas de mi gallinero y peras de mi jardin, como no las habeis comido en París. Es necesario me prometais, pero con seguridad, que probareis algo de todo esto.

Dupuytren le apretó la mano afectuosamente. Quiso obligar al buen anciano á comer con él, pero éste se negó, aunque con pesar. Tenia el tiempo tasado, y le era preciso volver al punto á...

Otros dos años, el 6 de mayo, vió Dupuytren llegar al sacerdote y sus consabidas gallinas. El doctor recibia sus visitas con cierta especie de emocion.

Por entonces fué cuando Dupuytren notó los primeros síntomas de su enfermedad, ante la que su ciencia, por grande que fuese, debía ceder. Partió para Italia pero sin esperanza de salvarse con aquel viage, que la facultad reunida le habia inducido á emprender. Cuando volvió á Francia, en el mes de marzo de 1834, su estado parecia haberse mejorado: pero esta mejoría no era mas que aparente y bien lo conocia Dupuytren, se veia morir, tenia contados sus instantes.

A medida que se aproximaba el término fatal, su carácter se hizo mas reservado y sombrío.

Acaso en aquellas últimas y tristes horas, aquella soledad moral, aquel aislamiento que tan cruelmente el mismo se habia preparado, y que le ponian frente á frente de la muerte, le dieron un solemne aviso.

De repente llama á M... su hijo adoptivo que velaba en un gabinete inmediato.

—M... le dijo, escribid.

«Al señor... cura de la parroquia de... cerca de Nemours.

(Sena y Marne.)

»Mí querido sacerdote:

»El doctor os necesita á su vez. Venid pronto, sino llegareis demasiado tarde.

«Vuestro amigo—DUPUYTREN.»

El sacerdote acudió al punto, permaneció largo tiempo encerrado con Dupuytren: nadie sabe lo que los dos se dijeron: pero cuando el sacerdote salió de la habitacion del moribundo sus ojos estaban humedecidos, y su fisonomía resplandecia con una bondadosa exaltacion.

Al dia siguiente llamaba Dupuytren á su lado al arzobispo de París.

Era el 8 de febrero de 1835.

Dupuytren acababa de morir.

El dia de la inhumacion, el cielo estuvo desde por la mañana cubierto de nubes cenicientas. Una lluvia fina y continua, mezclada de nieve, helaba á la inmensa y silenciosa multitud que llenaba la plaza de Saint-Germain l'Auxerrois y el vasto patio de la casa mortuoria. La iglesia de San Eustaquio, apenas pudo contener el acompañamiento.

Despues del oficio, discípulos suyos llevaron el féretro hasta el cementerio. El cura siguió á la comitiva, derramando lágrimas. ¡Habia logrado la conversion del grande profesor! ¡Le habia dado la salud del alma en cambio de la salud del cuerpo, que de él antes habia recibido!!!

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

LA VACA DE LOS CUERNOS DE ORO.

Un señor tenia una vaca blanca que queria muchísimo, por dos razones: la primera, porque era blanca, y la segunda porque le daba mucha leche, y tanto la queria, que la puso unos cuernos de oro; mas luego se preguntó á quien podria confiar la guarda de su vaca. Por aquel tiem-

po había cierto sugeto llamado Argos, muy fiel para todas las cosas, y que tenía cien ojos. El señor envió á Argos un recado á fin de que se presentase ante su vista inmediatamente, y cuando así lo hizo, le dijo estas palabras: «Te doy á guardar mi vaca de los cuernos de oro, y si la guardas bien, te recompensaré con mil riquezas, pero si la roban los cuernos, morirás.»

Argos se fué con la vaca de los cuernos de oro, y siempre estaba de centinela junto á ella: todos los días la llevaba al prado, la guardaba con mucha atención, y se volvía con ella á casa por la noche. Pero había un hombre muy astuto, llamado Mercurio, consumado en el arte de la música, que deseaba con todas las veras hacerse dueño de la vaca, é iba con mucha frecuencia á conversar con Argos, tratando de seducirle, ya con adulaciones y lisonjas, ó ya ofreciéndole dinero para posesionarse de los preciosos cuernos. Argos plantó en tierra el garrote de pastor que tenía en la mano, y dirigiéndole la palabra como si hubiese sido su señor, le dijo: «Bueno; figúrate que eres mi amo, que voy esta noche á tu casa y que me dices: ¿En dónde está la vaca con sus cuernos? y yo respondo: la vaca no tiene ya cuernos, porque ha venido un ladrón mientras yo dormía, y se los ha llevado. Pero tú me dices: ¡Ah, miserable! ¿pues no tienes cien ojos? ¿Cómo ha podido ser que todos tus ojos se hayan dormido á un tiempo, y que el ladrón haya robado los cuernos? Eso que dices ahí, es una mentira... Y entonces soy hombre muerto. Si le digo al señor que he vendido los cuernos, estoy en el mismo peligro.» Después de este coloquio, Argos dijo á Mercurio: «Vete, porque nada conseguirás de mí.» Mercurio se marchó, pero al día siguiente volvió con su instrumento de música, y á modo de juglar, se puso á contar historias, cantando tanto y tan bien, que dos de los ojos de Argos principiaron á cerrarse, y como siguió cantando, otros dos mas se cerraron también, y luego sucedió lo mismo hasta que todos se quedaron dormidos. Cuando Mercurio lo vió, cortó la cabeza á Argos, y robó la vaca de los cuernos de oro.

MORALIDAD. El dueño de la vaca blanca es Jesucristo; la vaca blanca, es nuestra alma; Argos es la Iglesia, que está encargada de guardarla, y Mercurio es el diablo!

EL PRUDENTE JARDINERO.

CUENTO ORIENTAL.

I.

Hace trescientos ó cuatrocientos años que reinaba en Farsistan un rey llamado Mahomud.

Era un príncipe justo y bueno, pero un poco escéntrico.

Tenía una hija única llamada Bul-Bul, que si no estoy mal informado, significa en el lenguaje del país un *ruiseñor*.

Bul-Bul, era mas que un ruiseñor: era un verdadero fenix; tan prudente y tan sabia que los mas sabios *derviches* arriaban bandera delante de ella: tan buena que jamás sus esclavos habían tenido motivo mas que para alabarla: tan hermosa que el sol era menos brillante y la luna menos encantadora que ella: tan perfecta, en una palabra, que todos

los tesoros juntos de la Persia, de la India, y de la China eran al lado de Bul-Bul, aquel tesoro viviente, un montón de la mas vil escoria.

Cuando llegó el tiempo de casarla creyó su padre que jamás podría encontrar un marido digno de ella.

Había sin embargo, un príncipe Ali, primo suyo, que amaba á Bul-Bul con toda su alma, y el que decían era correspondido. Mahomud, como todos los monarcas orientales, desconfiaba de su familia, y creyó que mejor hubiera consentido en dar la mano de Bul-Bul al negro mas horroroso de Kongo, que elegir por su yerno á Ali, á pesar que este era un príncipe completo que debiera haber hecho la felicidad de la princesa.

Ocurrióse á Mahomud para casar á su hija un medio bastante singular y extraño. Hizo pregonar á son de trompetas y atabales en su reino y en los inmediatos, que todos los jóvenes de veinte á treinta años que tuviesen la ambición de ser algun día reyes, se presentasen el día primero del mes siguiente en el salón de la universidad de Chiraz.

Allí se les sujetaría á una série de exámenes, y el que mejor saliese de ellos seria el esposo de Bul-Bul. Ninguno quedaba excluido de aquella oposicion por humilde que fuese su *posicion social*, con tal de que llenase las condiciones de la edad señalada.

Acudieron en tropel los jóvenes señores de Persia á Chiraz. Mas de un príncipe extranjero fué allí á probar fortuna. Hasta algunos ricos mercaderes, judíos y armenios enviaron también sus hijos. A pesar de la invitacion del programa no se atrevió á presentarse allí un solo pobre.

Cuando digo uno me equivoco. Hubo uno que contando con su buena traza y su presencia de espíritu, quiso desafiar las probabilidades del concurso.

Un motivo sobre todo le impulsaba á dar aquel paso, de que naturalmente le hubiera apartado su habitual modestia.

Kaled, este era su nombre, tenía una madre anciana, enferma, casi moribunda. Hacía dos años que todas las economías de Kaled, que era un simple mozo jardinero de los arrabales de Bagdad, se gastaban en medicinas y en pagar al médico.

El último discípulo de Esculapio á quien había consultado, había recetado como único medio de salvar á la vieja Fátima, un régimen alimenticio estremadamente caro, y además un viage á ciertas aguas minerales situadas al pie del Kaukaso. Semejante método de curacion era superior á los recursos del pobre Kaled. Desesperábase y pedia á Dios que le socorriese, cuando vió en las esquinas de las calles de Bagdad la proclama del rey de Farsistan llamando á oposicion á la mano de su hija.

—Por Ali, dijo; este es mi negocio. Si me caso con la hija del rey tendré dinero de sobra para hacer viajar á mi madre.

Marchóse después de haber abrazado á su anciana madre y de haber recibido de rodillas su bendicion. El bolsillo de nuestro jardinero no estaba muy repleto, y así, mientras el sol estaba en el horizonte trabajaba para ganar algunos cuartos, y no viajaba sino de noche.

II.

Llegado el día del concurso, en todas las calles de Chiraz y sobre todos los caminos que conducen á la capital no

se veían mas que brillantes carruages, y trenes dirigiéndose á la universidad. Creo verdaderamente que Kaled fué el único de los pretendientes que fué pedestremente al local de la oposicion.

Pero á el que le importaba la oposicion, no debia considerar, al menos así lo suponía, la belleza de los carruages y de los palanquines, la riqueza de los trages, el número de esclavos, las ventajas del nacimiento y de la fortuna.

El rey habia decidido que se propusiese á los candidatos tres cuestiones de filosofía práctica, y que el que mejor respondiese obtendría la mano de Bul-Bul.

La primera cuestion propuesta fué

—*¿Qué os atrae, qué os ha llevado á tomar parte en el concurso?*

Cada uno de los candidatos pasaba á su vez desde el gran salon á otro mas pequeño, donde cinco altos dignatarios de la universidad farsistana le repetían la pregunta. Un notario apuntaba la respuesta. Detrás de un cortinaje estaba escuchando Bul-Bul.

Este modo de elegirse un esposo no era muy de su gusto, pero se hallaba tan interesada en el éxito de aquel certámen que habia querido asistir á él.

Examinado el primer pretendiente que era un rico príncipe georgiano, respondió sin vacilar:

—Lo que me ha traído á tomar parte en el concurso es la esperanza de ser el esposo de la incomparable Bul-Bul.

El hijo de uno de los ministros de Mahomud, el hermoso Malek que hacia un año procuraba agradar á Bul-Bul, respondió mas enfáticamente todavía:

—He concurrido al certámen por la seguridad que tengo de morir de dolor si no obtengo la mano de la divina Bul-Bul.

Todos los demás dieron análogas respuestas, variando solo en la forma segun el grado del talento, imaginacion, sensibilidad ó galantería de los personajes.

Cuando le llegó su turno de hablar á Kaled contó sencillamente su historia, la enfermedad de su madre, la impotencia en que se hallaba de aliviarla, y la idea aunque un poco temeraria seguramente que habia tenido de presentarse en el concurso con la esperanza de poder, si Dios á quien habia invocado le protegía, de dulcificar un poco los últimos años de la que amaba mas que á nadie en el mundo.

Al oír estas palabras tan sencillas y tan dulces y tan distintas del lenguaje egoísta y amanerado de los demás candidatos, Bul-Bul esperimentó como una especie de consuelo. Olvidó que se hallaba escondida y exclamó en alta voz: *¡Bien, muy bien!* de lo que quedaron muy confusos los altos dignatarios y se estremeció de sorpresa Kaled.

Después que le despidieron políticamente, los examinadores pasaron á donde estaba la princesa detrás del cortinaje.

—¡Muy bien! repitió la princesa. Todos esos aspirantes á mi dote me hacían horriblemente mal en el corazón. Ese es el primero que en lugar de pensar en sí mismo, piensa en otro y me pretende por abnegacion... ¡Si al menos me amasen los otros! pero no hay mas que oírlos para conocer que no aman sino el brillante trono en que yo los haría sentar un día á mi lado... El que verdaderamente me ama no ha podido someterse á las humillantes condiciones de esta oposicion.

III.

Sin embargo, continuaba la oposicion entretanto.

La segunda cuestion propuesta fué

—*¿Cuál es el mejor medio de asegurar el éxito de una empresa?*

La historia no nos ha trasmitido las respuestas de los seiscientos veinte y cinco candidatos. La historia dice simplemente que seiscientas de estas respuestas eran absurdas, pedantescas, impertinentes ó nulas. Catorce denotaban algun poco de talento, y diez un poco de corazón. Ninguna agradó á Bul-Bul ni mereció del tribunal académico mas censura que un *bastante bien*.

Kaled, llamado el último:

—Señores, dijo: yo era niño todavía y me acuerdo que mi buena madre al mecarme sobre su regazo me decia con frecuencia: «Querido hijo, todas las cosas reflexionalas con madurez, y sobre todo consulta á Dios antes de obrar. Hecho esto no te pares en obstáculo alguno, que por muchas veces que caigas no te desanimas, sé perseverante y saldrás adelante en cuanto emprendas... Me parece, señores, que esta es la respuesta á vuestra pregunta.»

Un murmullo de aprobacion acogió aquellas palabras: y detrás de su cortinaje, Bul-Bul aplaudió con palmadas, gritando: *¡Bravo, bravísimo!*

IV.

Por último, la tercera cuestion decia:

—*¿Cuál es el hombre mas feliz del mundo?*

Los unos queriendo lisonjear á la que pensaban muy bien que debía ser el supremo juez de aquel torneo respondieron:

—Aquel que la angelical Bul-Bul escoja para su esposo.

Otros hablando segun la abundancia de su corazón, colocaron la felicidad en las inmensas riquezas, en placeres cuya copa no se agotase jamás, en una ciencia igual, á ser posible, á la de Dios. Los filósofos hablaron de una razon siempre dueña de sí misma, y de una virtud superior á las virtudes vulgares.

Cuando le llegó su vez á Kaled.

—El hombre mas feliz, dijo, es aquel cuya voluntad es la mas constante y mas perfectamente conforme á la voluntad de Dios: porque queriendo Dios siempre el bien, aquel hombre será siempre virtuoso. Y además, como quiere siempre lo que Dios quiere, recibirá aquel hombre del cielo con igual resignacion y con igual serenidad, los sucesos prósperos y adversos.

V.

Terminado el concurso, los jueces se retiraron para deliberar.

Decidieron por unanimidad que Kaled era el que habia dado mejor respuesta á cada una de las tres cuestiones. El, pues, era el llamado al honor de ser el esposo de Bul-Bul.

El mismo rey quiso recibirle y darle esta gran noticia.

Mientras iba al palacio del rey llevado en un magnífico palanquin que Mahomud habia puesto á su disposicion, vió Kaled inclinarse todas las cabezas respetuosamente delante



de él. Muchos de sus coapositores que aquella misma mañana le miraban con desdenosa compasion, quisieron felicitarle y asegurarse con tiempo en la amistad y el favor de un hombre que iba á ser poderoso.

VI.

Aquí podria acabar mi cuento.

Fácil seria decir que Kaled se casó con Bul-Bul, que á la muerte de Mahomud subieron juntos al trono de Farsistan, y que durante mas de medio siglo, vieron pasar el uno al lado del otro y en medio de numerosos hijos, dias tranquilos, serenos, y hermosos y colorin colorado, ya está mi cuento acabado.

Pero no señor, no es este el fin de esta historia.

Ya he dicho que Kaled fué llevado delante del rey y al cumplimentarle éste de la manera mas lisonjera sobre su triunfo:

—Gran príncipe, le dijo, muy indigno me mostraria yo de las lecciones de mi madre y de los elogios que prodigais á mi pretendida prudencia, que no es mas que buen sentido, si no os dijese en seguida que no podré aceptar la deslumbradora suerte que me ofreceis. No he nacido para mandar á los hombres, sino para obedecer á mi amo, cuidando las hortalizas y las flores de su jardin.

Cualquiera que sea la exacta precision de las respuestas bien sencillas que he dado esta mañana á las preguntas de vuestra magestad, no me comunicarian, ni la ciencia ni la experiencia indispensables para gobernar un gran pueblo, para decidir de la paz y de la guerra, para elegir bien mis ministros, para hacer buenos y felices esos millares de hombres que os obedecen, poderosísimo príncipe, y que deberian obedecerme á mí un día.

En cuanto á la admirable Bul-Bul, apenas la he visto, pero aunque solo un instante he mirado tanta belleza y tan radiante hermosura ¿cómo quereis que una princesa habituada á los elegantes modales de la corte y que pasa su vida en medio de los sábios, mas sábios, y de los hombres mas instruidos de todo el Oriente, puede estar contenta en la compañía de un jardinero como yo? ¿Creeis que yo mismo no echaria de ver muy pronto que la diferencia de educacion, de nacimiento, de ideas sobre una multitud de cosas, haria desgraciada á una princesa tan digna por sus virtudes de la suerte mas feliz? ¿Y creeis que viendo desgraciada por culpa mia á mi muger podria yo ser dichoso?

No, señor; yo he venido aquí, como lo he dicho á vuestros sábios, con la idea de aliviar á mi madre.

Concederme por premio de estas respuestas, que sin duda Dios me ha sugerido, la mano de vuestra hija, ese inestimable tesoro, no seria proporcionar la recompensa al mérito. Mandad que me den una cantidad suficiente para que mi anciana madre pueda ir rapidamente y sin mucha fatiga hasta el pie del Kaukaso, donde están las maravillosas aguas que deben devolverla la salud. Mandad tambien, que si el cielo prolonga su vida, se la pague una modesta pension para que pueda tener esos pequeños gozes y comodidades que tan agradables son á los ancianos, un poco de café, algunas veces un pan tierno cuya dorada corteza escita el apetito, algunas uvas é higos y una estera nueva para su pobre cama.

En cuanto á mí, hubiera mentido ahora poco al explicar

cual es el hombre mas feliz del mundo, si no estuviese contento con mi suerte y si no me apresurase en cuanto me concedais este favor á volverme á Bagdad y á mis jardines.

VII.

Maravillada quedó toda la corte y mas que nadie Bul-Bul. Hizo el rey lo que Kaled le pedia,

Quería hacer mas, y no hubo especie de instancias y de ruegos que no emplease para obtener que Kaled se quedase en el Farsistan. El rey le hubiera nombrado director de sus jardines, y en todos los negocios y circunstancias difíciles hubiera querido consultar con un hombre tan prudente.

—No señor, respondió Kaled. Es preciso que yo vuelva al lado de mi madre. La pobre muger no tiene á nadie mas que á mí en el mundo.

Si en lugar de su hijo querido viese llegar las liberalidades de vuestra magestad, encontraria que habia perdido muchísimo en el cambio, y el pesar la mataria antes que las aguas del Kaukaso hubiesen podido reanimar su salud.

—Pero al menos, replicó el rey ¿no tienes tú ninguna gracia que pedirme? Te juro por el corazon concederte cuanto me pidas, seguro como estoy de que tú no puedes pedir nada que no sea razonable.

—¡Pues bien! Si, señor, una gracia tengo que pedirlos..... no para mí, sino para Bul-Bul vuestra hija. Casadla con el príncipe Alí su primo. Es jóven, buen mozo: su valor iguala á su sabiduria y su bondad sobrepuja á su valor. Es piadoso, cortés, amable. Es el hijo de vuestra querida hermana. ¿Qué le falta para ser hijo vuestro?

Nada que yo sepa, ni aun el ser correspondido de Bul-Bul, que me han asegurado lo ama tanto como una doncella honesta puede amar á un hombre que no le gusta á su padre.

Mahomud habia dado su palabra; se vió obligado á cumplirla. Agradecidísima quedo Bul-Bul á Kaled que en tan pocos instantes habia sido dos veces su bienhechor: primero no casándose con ella, y despues haciendo que la casasen con Alí. Las oraciones de la piadosa princesa no contribuyeron poco á obtener del cielo la curacion de la anciana Fátima.

Fátima vivió todavia bastante para poder ver á Kaled casado con una de sus vecinas, la hija de un alfarero. Tuvieron seis hijos y seis hijas.

Los descendientes de nuestro héroe continuan siempre viviendo en el arrabal de Bagdad, donde unas veces son jardineros y otras alfareros. De padres á hijos se van transmitiendo y contando la historia del *prudente jardinero*.

Hacen mas todavia: procuran aprovecharse de la leccion moral que encierra, y desde hace tres siglos no se cita entre ellos un solo caso, un solo ejemplo, de un Kaled que sea perezooso ó que se halle descontento con su suerte.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL ESPIA BOHEMIO

EN CASA DEL ARZOBISPO DE SALZBURGO.

Fué en los siglos XI, XII y XIII, la sede de una soberanía poderosa que ejercian con grande energía los príncipes-arzobispos.

Hacia el fin del siglo XIII, en medio de las innumerables disensiones que agitaron á las naciones germánicas, recuerda sobre todo la historia las guerras de Ottocar, rey de Bohemia, contra Rodolfo, emperador de Alemania, uno de los primeros miembros reinantes de la familia de Augsburgo.

Inmediatamente despues de su coronacion, que se verificó el 24 de octubre de 1273, se aplicó Rodolfo sin descanso á hacer cesar las devastaciones y pillages que todavía se cometian impunemente en todo el imperio, y á restablecer en él la paz y la seguridad.

Fijando los ojos en el Austria, acogió las quejas dirigidas por los estados de este ducado, é hizo citar á Ottocar para que compareciese en la dieta de Augsburgo á dar cuenta de su conducta como duque de Austria.

Las insolentes respuestas del rey de Bohemia merecieron una declaracion de guerra. Rodolfo se puso en campaña apoyado por el Elector-Palatino, por los electores de Sajonia y de Brandeburgo, por los burgraves de Nuremberg, de Alsacia y de Suabia. Pero su mas poderoso aliado fué el arzobispo de Salzburgo, que fulminó una sentencia de excomunion contra Ottocar.

Este animoso prelado, despues de haber relevado del juramento de fidelidad á los pueblos de su diócesis, y haberlos exortado á sacudir el yugo del tirano, empleó toda su elocuencia para comprometer á Rodolfo á invadir los estados austriacos.

Pero no se contentó solo con palabras, sino que levantó un ejército y no temió aventurar su persona en medio de los campamentos, marchando siempre á la vanguardia, desplegando una vigilancia á toda prueba.

Lo que hacia mas temible al arzobispo para sus enemigos, era su inteligencia en todos los idiomas que se hablaban en los diferentes pueblos. Un dia se hallaba comiendo con el emperador Rodolfo, prestando atento oido á cuanto se decia en rededor de él. Oyó á un criado decir á su compañero algunas palabras en lengua estraña.

—¿Sabe V. M. qué palabras acaban de proferir detrás de V. M.? dijo el arzobispo á Rodolfo.

—No, contestó el emperador. Me cuido muy poco de las conversaciones de mis criados. ¿Pero por qué me haceis esa pregunta?

—Mañana os la haré conocer, respondió el arzobispo, autorizarme por solo el dia de hoy para disponer de estos dos hombres.

Y designó á los dos criados que acababan de hablarse en lengua estrañera. El emperador habiéndoselos entregado, el arzobispo los hizo encarcelar.

A la mañana siguiente los hizo comparecer á su presencia.

—Uno de vosotros dos es un espía, les gritó con una voz de trueno, y el otro tiene las orejas de un traidor. Ayer he sorprendido vuestra pérdida conversacion, pensábais que nadie podia comprenderla, pero Dios me ha iluminado, y con su ayuda traduzco así vuestras palabras:

El message está pronto. Un correo de Ottocar lo aguarda en el bosque de Macheg. Registrado inmediatamente el espía, se encontró que era el portador del message, era el que entregaba á Ottocar los mas importantes secretos del campamento de Rodolfo.

LOS SALUDOS.

ARTICULO DE COSTUMBRES.

La vida, ese duelo que sostenemos contra el destino hasta la muerte, no es mas que una larga série de testimonios de respeto, de buena crianza y de sumision.

El autor saluda á sus lectores con un prefacio, el orador á sus oyentes con un exordio: los pobres se descubren delante de los que pasan; los reyes mismos delante de sus súbditos: los militares llevan la mano á la frente y presentan las armas en señal de saludo: los navios empavesan y hacen resonar el espacio con el ruido de sus baterías: los monges acogen el dia haciendo subir al cielo sus piadosos himnos: los cristianos se postran delante del altar: los paganos delante de sus ídolos; todos los hombres se inclinan delante de la muerte.

Tantas naciones, otras tantas variaciones en los saludos, el modo de quitarse el sombrero y la cortesía en los europeos, tienen su equivalente en todos los pueblos: los unos se inclinan hasta la tierra, los otros se aproximan con una pantomima siempre tanto mas grotesca á nuestros ojos, cuanto es mas nacional en ellos.

Los saludos tienen muchas veces indefinibles matices, bajo todos los vestidos se revela la distincion y se refleja y pinta el carácter de la persona. El hombre imperioso y altivo conserva en toda su actitud la tiesura de su espíritu, y el cortesano mide con la curvatura de su espina dorsal la importancia de la persona á quien saluda.

El apretón de manos británico ha dado la vuelta al mundo, y hoy la cortesía tiende á retirarse delante de su victorioso rival. Ya no se besa respetuosamente la mano á las señoras, sino que se las sacude familiarmente como la de un escudero ó un soldado.

En otro tiempo se tenia la afectacion de la cortesía, hoy se tiene la afectacion de la impolítica; se envía una frase, que no se reemplaza sin incurrir en una detestable reputacion de pedantismo. Nuestro, *¿Cómo está vd?* es la primera palabra de todas las clases, es la espresion menos elegante, la mas prosaica que se puede encontrar, y sin embargo, ¿cómo se juzgaría al innovador que á imitacion de los griegos antiguos se llegase á sus amigos preguntándoles cuál era su filosofia? ¿Qué pensarían de una muger que recibiese á los suyos, informándose únicamente de sus sentimientos y reflexiones?

Así es que todo el que entra en un salon, está obligado moralmente á incurrir en uno de estos lugares comunes. La costumbre tiene fuerza de ley, y nadie puede aunque quiera, sustraerse á ella. En vano trata uno de rebelarse contra esta condescendencia absurda que obliga á un hombre inteligente á ser sin cesar su propio eco. Teme uno repetir un rasgo de ingenio dos veces, y con mas fuerte razon una necedad; no importa, sométase, porque la sociedad le perdonará la falta de talento, pero jamás el de faltar á los usos.

Sócrates sabia que la política no era la imitacion de las virtudes sociales, sino el espejo de la distincion individual: saludaba indiferentemente al hombre del pueblo y al arconte.

Un personaje hinchado de vanidad, pasó por delante de

él: Sócrates le saludó: el arrogante ateniense continuó altivamente por su camino, y desdenó responder al saludo amistoso de aquel, ante quien mas tarde se postraría la posteridad entera. El filósofo, lejos de mostrar el menor resentimiento, respondió juiciosamente á sus discípulos que se asombraban de su indiferencia:

—Amigos, ¿queríais que me enfadase contra ese hombre porque soy mas político que él?

Cuando las naciones se civilizan contraen los mismos usos: las costumbres típicas caen ó se borran, se debilitan las nacionalidades, se extinguen las viejas antipatías: las guerras no son mas que disputas, la paz se convierte en una necesidad: las mismas leyes rigen insensiblemente los pueblos de orígenes mas opuestos: así lo quiere el progreso.

Hoy la Europa viste el mismo frac, saluda con el mismo sombrero: no hay en nuestro antiguo mundo mas que un solo hombre.

Los turcos y los árabes, esas dos grandes figuras del Oriente, grandes á pesar de su decadencia, se acercan á sus semejantes con una magestad llena de ese mútuo respeto que rara vez se niega á los orientales: llevan la mano derecha á la altura de las rodillas, la levantan magestuosamente hasta la barba, y la colocan ligeramente sobre la frente pronunciando con gravedad estas palabras: *Es salam aleikoum*, (Tenga vd. buena salud.) *Sebak koum bel Khaïr*, (Dios le colme de beneficios esta mañana).

En algunas regiones del Oriente, el musulman se acerca tímidamente á los ancianos y les toca religiosamente la barba: la barba, ese adorno entre los árabes y los persas, es objeto de tan gran veneración. El que tiene la desgracia de no tenerla pasa por un hombre imperfecto y objeto de execración pública. Hasta los mendigos para atraer la compasión de los que pasan, dicen: *así Dios os conserve la barba y os llene de bendiciones*.

Los elogios y los cumplimientos, en vigor en Oriente, son de tal naturaleza que de seguro incomodarian á los europeos, y principalmente á las europeas que lo tomasen por lo sério. El árabe compara los ojos de una mujer hermosa á los de una gacela, y cuando un persa quiere mostrar su respeto á una dama, la llama *barba blanca*, metáfora que á despecho de la verosimilitud lisonjea deliciosamente los oídos del bello sexo oriental. En efecto, en el antiguo suelo asiático, la vejez ha conservado sus privilegios; allí son muy honrados los ancianos, esos padres de la nación, esos grandes viajeros de la vida. Comparar una jóven con un viejo, es suponerle un gran corazón, una alma vigorosa y una rica imaginación.

En el extremo Oriente, la genuflexión no solo está erigida en costumbre sino en principio. El encorvarse y las delaciones, son el fondo del sistema gubernamental del celeste Imperio.

Las nueve categorías de mandarines se saludan de un modo proporcionado á su clase. Un mandarin de glóbulo de coral, preside á un mandarin de glóbulo de cristal, que tiene á su vez el derecho de tiranizar y poner á sus pies un mandarin de glóbulo de oro.

Dos gobernadores de provincia, al encontrarse se saludan en muchas posturas, y ponen la mayor importancia en no pasar los límites de la etiqueta. Un mandarin de primera clase, por ejemplo, no debe saludar á un mandarin de segunda sino á tal altura, y con gestos escrupulosamen-

te estudiados, y así sucesivamente en las demás clases.

Cuando dos chinos se encuentran levantan sus manos por encima de su cabeza, despues las bajan progresivamente hasta el suelo, encorvando el cuerpo como un arco fuertemente estirado.

—*¿Tchi Ko Fane?* Se dicen entonces con estrema gravedad, es decir: ¿Habeis comido bien vuestro arroz?

Los japones son los mas políticos de todos los pueblos: se inclinan, se prosternan á cada momento. Delante de un grande se quitan su babucha y se la enseñan muy cortesmente. La política es innata en ellos, y camina á la par del honor: no hay hombres mas quisquillosos sobre las señales de deferencia: tropieza uno por torpeza con ellos, y lo tienen por una mortal afrenta que solo puede lavarse con la vida del desgraciado, y así se abren el vientre creyéndose infamados.

Si el que tropezó es un personaje comun, acepta el desafío; se dan cuatro estocadas hasta quedar uno en el sitio.

Los tibetanos reciben á las gentes sacando ellos la lengua y rascándose la oreja; cosa que parecería una insolencia á un europeo, así como á ellos les escandaliza nuestro modo de saludar.

En Oceanía algunos insulares se saludan pegándose las narices unos con otros. Otros cogen la mano ó el pie de la persona que quieren honrar, y se restregan con ella la cara.

En las comarcas australes del Africa, los naturales al ver á sus amigos se revuelcan en el suelo y se dan violentos golpes en el epigástrico.

En el Norte del Ecuador, en las abrasadoras llanuras de Soudar, Mr. Peterik fué recibido con mucho obsequio por los djours, que se apresuraron á llevarle ante su gefe. Este cumplimentó al recién llegado, le comparó á un segundo sol; le llamó el *gran Leon*, y terminó su brillante alocución escupiéndole á la cara y en la palma de la mano derecha: este era el bautismo de la amistad.

Hay una costumbre que á primera vista parece enteramente cristiana, y que se encuentra en los parages mas lejanos del Africa, en las naciones idólatras, y es la de saludar despues de estornudar. En Sennar, cuando estornuda el rey, los cortesanos le hacen un cumplido, despues vuelven la espalda y se dan una palmada en la nalga. En Monotapa hay una ceremonia no menos particular cuando estornuda tambien el soberano: todos los asistentes lanzan una exclamación gutural que se repite de aposento en aposento por todos los habitantes del palacio.

Aristóteles ha dicho: cuando estornudais se os saluda para denotar que se considera vuestro cerebro como la sede del alma y de la inteligencia.

Muchos comentarios hay sobre esta singular costumbre; pretenden unos que en el pontificado de San Gregorio el Magno, una mortal epidemia desolaba la Italia. El preludio de la enfermedad era el estornudo: Dios os ayude, ó Dios os asista, se exclamaba, porque se creía que el que estornudaba no tardaría en dar cuenta á Dios de sus acciones. Otros, y á estos los creemos mejor informados, pretenden que el estornudo era de buen agüero en los antiguos, como lo era el canto del gallo y el vuelo de los cuervos hacía la derecha. ¿Y por qué? Tal vez porque se estornuda mas á los rayos del sol que en la oscuridad, y que la luz es la dispensadora de todos los beneficios, y el emblema de la eternidad.

Entraría en un artículo completo de saludos, hacer un

curioso análisis de las fórmulas de despedida, pero Dios nos libre de esto. En los mensajes y en las cartas de los gobiernos y de los soberanos, son una especie de abrazos políticos destinados á muchos millones de individuos. Allí se vería que todos los reyes se tratan de hermanos, y los príncipes de primos, estando dispuestos, sin embargo, á destruirse por medio de sus ejércitos: que se desean invariablemente la mayor prosperidad, y que mas de un papa ha bendecido al que maldecía en el fondo del alma..... Se vería.....

pero chiton! Decía Fontenelle, y no es malo seguir sus consejos.

—Si tuviese la mano llena de verdades, me guardaría muy bien de abrirla.

Vino la verdad al mundo
Y huyendo se voló al cielo,
Tal la pusieron los hombres
Que desde entonces no ha vuelto!....



Saludos chinos.—Japoneses.

Oceanicos y africanos.

Un libro sin prólogo, dice un escritor de talento, se parece á un hombre sin sombrero. Así lo creemos nosotros también, añadiendo que una obra sin despedida falta á las reglas de la buena crianza. Cuando se ha hablado quinientas ó seiscientas páginas con un lector, bien merece la pena de que se le salude al terminar la conferencia.

Nosotros desearíamos que se estereotipase una fórmula corta, precisa en todas las imprentas, para que la pusiesen al fin de todos los libros, y en su consecuencia proponemos esta para muchos autores. *Perdonadlos, Dios mio, no saben lo que se dicen!!!*

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.